



**P**alabras relativas a  
la edición electrónica de  
*La antropología en México\**

\* Leídas durante el coloquio *Y qué pasó después? A 25 años de La antropología en México y otras reflexiones en historia de la antropología*, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, 4 y 5 de octubre de 2012.

**L**AS CORRIENTES de la antropología de corte europeo eran estudiadas durante los años setenta del siglo pasado, en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) de México, mediante la lectura de las obras denominadas clásicas de la primera mitad del siglo xx. Algunas de éstas, como *Los argonautas del Pacífico Occidental* de Bronislaw Malinowski, eran en verdad espléndidas. Los cursos en los que esto se hacía eran más una exposición de las ideas, que una historia —dicho con propiedad— de esta ciencia estudiosa del fenómeno humano; no obstante, estaba im-

<http://tsimarhu-tsimarhu.blogspot.mx/>

pública ya que era necesario conocer algo, ya fuera a fondo o superficialmente, de las épocas en que dichos libros fueron escritos.

Resultaba que esos cursos partían del supuesto, al menos inconsciente, según el cual la antropología había sido la que hizo Europa, y la actual era la que practicaban en los Estados Unidos. Los manuales estadounidenses, entonces disponibles, hablaban de la antropología con mayúscula como si tal fuera la que hacían ellos. Aun los artículos que escribían, para mostrar el desarrollo de la antropología en México, hacían aparecer ésta como resultado de la influencia de la estadounidense y de la desarrollada en el país con sus proyectos entre los años treinta y cincuenta del siglo pasado y sus secuelas en los sesenta y los setenta. Aceptando que, con seguridad, dicha influencia tuvo gran repercusión, estuvo lejos de abarcarlo todo y tendía a hacer a un lado lo que ya estaba disponible en México.

En efecto, siempre existió un sector de los antropólogos mexicanos con su propia orientación. Tras las revueltas sociales e intelectuales de los años sesenta, sobrevino una reacción firme por arraigarse a la tradición mexicana y varios colegas y estudiantes se volcaron a bibliotecas y archivos descubriendo lo que siempre había estado allí: el enorme legado de los estudiosos novohispanos y mexicanos.

Otra motivación, aún más política, fue la puesta en duda del enfoque institucional de la antropología en los organismos oficiales, en particular a la aplicada, pero también la que se enseñaba y la que investigaba el pasado y el presente de México. Los nuevos grupos opositores, tanto conservadores como de izquierda, que se oponían a ello, buscaron fincar sus respectivos proyectos en sólidos cimientos construyendo visiones históricas que los colocara en la cumbre del desarrollo disciplinario.

A esa generación le tocó descubrir, alucinada y para sí misma, los *Anales del Museo Nacional de México*; encontrarse con que Andrés Molina Enríquez, el célebre autor de *Los grandes problemas nacionales*, esa enorme obra de fines del Porfiriato, era investigador de campo en dicho Museo. Asimismo, desenterró los escritos de Miguel Othón de Mendizábal, promotor de la antropología de la economía en las sociedades humanas. Estudió la obra de Gonzalo

Aguirre Beltrán, uno de los grandes autores del régimen, es cierto, pero al mismo tiempo un caso extraordinario de ser autor, él mismo, no de un estudio clásico, sino de tres, que se convirtieron en obras paradigmáticas: *La población negra de México*; *Cuijla, esbozo etnográfico de un pueblo negro* y *Medicina y magia*; amén de sus obras teóricas: *Regiones de Refugio* y *El proceso de aculturación*.

En la ENAH empezaron a impartirse cursos de antropología mexicana, si bien es cierto que al principio sólo consistían en el repaso de la polémica política desatada desde la aparición del compendio y manifiesto *De eso que llaman antropología en México*. Sin embargo, poco tiempo después, la inquietud por abreviar en la obra de los antropólogos, terminó por llevar esos cursos al examen de sus obras de investigación, a la lectura de lo que se dio en llamar los clásicos de la antropología mexicana: *La población del valle de Teotihuacán* de Manuel Gamio, *Chamula* de Ricardo Pozas, *Tlaxiaco* de Alejandro Marroquín, *Yalalag* de Julio de la Fuente y otros celebres libros, llegando a revisar estudios olvidados en el gremio o de autores que se ignoraba que hubieran hecho antropología, como Vicente Lombardo Toledano con su *Geografía de las lenguas de la sierra de Puebla, con algunas observaciones sobre sus antiguos y sus actuales pobladores*. El paso siguiente fue hundirse aún más en las bibliotecas, para conocer lo que antecedió a todo esto: los autores novohispanos y los decimonónicos.

Tal fue uno de los rasgos del contexto en el que *La antropología en México* apareció entre 1987 y 1988. Frente a la visión estadounidense, los mexicanos y unos pocos extranjeros levantaron un monumento de 15 volúmenes, con 484 artículos escritos por unos 340 autores, que describían numerosos aspectos del trabajo antropológico mexicano y de la mexicanística extranjera. Para mayor reafirmación, estas múltiples letras hicieron ver que, lo que esos tomos contenían, pese a su gran cantidad de información, sólo eran una minúscula muestra de la gran cordillera que ha sido la antropología en nuestro país.

Este esfuerzo colectivo cumplió su función, tanto para arraigar a la historia científica de la antropología, desarrollada con la misma seriedad que cualquier otro campo de estudio, como para mostrar —sin asomo de duda— el

enorme esfuerzo de las y los antropólogos mexicanos manifiesto, entre otras cosas, en cúmulos de libros y artículos que llenan los estantes de depósitos como la Biblioteca Nacional de Antropología.

\* \* \*

Hará un par de años o algo más, algunos colegas pensaron en la utilidad de reimprimir los dos primeros volúmenes. Hace menos tiempo, en la Secretaría Técnica del INAH tuvieron interés en reeditar la obra, sin que la iniciativa lograra prosperar. Después, ha sido mérito exclusivo del Seminario de Historia, Filosofía y Sociología de la Antropología Mexicana, coordinado por Mechthild Rutsh en la Dirección de Etnología y Antropología Social del Instituto Nacional de Antropología e Historia, haber promovido la primera edición electrónica de *La antropología en México, panorama histórico*.

Si acaso esta obra colectiva se convirtiera en una empresa permanente, que actualizara con frecuencia su contenido, tal como ocurre con otras empresas enciclopédicas, enmendaría errores y llenaría los muchos vacíos que la publicación original tuvo. Una tarea que quedó pendiente fue recopilar todos los textos históricos, que ya existían dispersos en numerosos impresos aparecidos desde el siglo XIX: semblanzas, testimonios, historias parciales, reflexiones retrospectivas y otros afines. Una publicación en la Internet podría permitir incluir todo esto, ya que en ese medio es posible corregir, actualizar, aumentar y suprimir material con mucho mayor facilidad, que en las ediciones convencionales en papel del siglo pasado. Además, con ese procedimiento sería posible añadir lo que faltó en la primera edición: el indispensable índice analítico.

*La antropología en México* es patrimonio de todo el gremio, pero responsabilidad del Instituto Nacional de Antropología e Historia que lo patrocinó, con el apoyo de su director Enrique Florescano, como es de justicia mencionar; por lo que corresponde a la institución conformar un equipo encargado de ponerlo al día. De más está decir que, de formarse éste y de continuar enriqueciéndose el material contenido, se llegará a un punto que a todos nos sorpren-

derá por su magnitud abrumadora que, de plasmarse en papel, requeriría el doble de volúmenes si hacemos un cálculo moderado; sólo piénsese en el número de artículos que se necesitarían para historiar de modo exhaustivo el trabajo de investigación de las varias disciplinas antropológicas en cada estado del país, los necesarios para incluir a los innumerables protagonistas faltantes y los que resultarían interesantes relatos acerca de las grandes polémicas como el racismo, la cuestión agraria, la enseñanza bilingüe, la caracterización de las sociedades antiguas y otros muchos más.

\* \* \*

Tras la aparición de *La antropología en México*, asentadas ya como disciplinas científicas la historia y la sociología de la ciencia en general y de la antropología en particular, lo que procedía hacer era dar el paso necesario para llevar a cabo investigaciones con el rigor, el método y las técnicas que ello implica, para desentrañar el pasado e incluso el presente de la antropología y sus disciplinas: la antropología física, la lingüística, la arqueología, la etnología y la antropología social. Lo han demostrado las monografías que han aparecido con posterioridad, tales como las de Luis Vásquez León, Mechthild Rutsh y otros.

Sin duda, en el campo de la ciencia, el avance real lo hacen los libros monográficos, que sean modelos de investigación ejemplar, prototípica. De esa manera se abre camino. *La antropología en México*, con todo y sus muchos defectos, cumplió su papel, puede seguir cumpliéndolo si se actualiza y amplía; a continuación, lo que seguía era irse a los archivos, a las hemerotecas, a las bibliotecas, a las fototecas, a las cinetecas, a las entrevistas con los protagonistas supervivientes, a la observación de campo, es decir, emprender el trabajo de investigación científica para conocer y analizar los numerosos aspectos de la historia de la antropología mexicana. Dentro de otros 25 años, podrá hacerse una nueva recapitulación para, de nuevo, reiniciar el ciclo una y otra vez. Por razones biográficas, que aquí

está de más relatar, al coordinador general de la obra le fue imposible participar en ese salto cualitativo, pero en el universo de la investigación era preciso dar ese paso; por fortuna, así lo entendieron varios colegas, aunque insuficientes si se considera el enorme material histórico que aguarda ser recopilado y analizado.

Razón sobrada para, aprovechando esta presentación, hacer un reconocimiento a quienes enfrentaron y enfrentan este reto, con decisión y disciplina, para sumergirse en las profundidades de la antropología mexicana buceando en documentos, revistas, libros y artículos, como en entrevistas con los protagonistas y en observaciones de cómo, en realidad, hacen su trabajo los antropólogos en el laboratorio, en la excavación, en el campo, en el archivo. Los datos, obtenidos con rigor y analizados con metodologías y enfoques teóricos adecuados, permiten develar el sentido de los hechos, el mundo tras bambalinas de cada libro, la trayectoria de los autores, los proyectos de investigación, los programas gubernamentales, la enseñanza en las escuelas especializadas y todo lo que contiene ese denso mundo de la antropología.

Hoy en día, la historia de la antropología mexicana responde menos a motivaciones políticas, que la impulsaron en los años setenta y ochenta del siglo pasado. Ahora se desarrolla más conforme a las exploraciones y los problemas científicos, propiamente dichos, sin que las implicaciones políticas hayan desaparecido, pero en la ciencia la investigación tiene que continuar con o sin éstas.

Por lo pronto, apenas puedo disimular, mirando en retrospectiva, mi gusto por haberse erradicado aquella visión, según la cual, la antropología mexicana sólo era la que enseñaron y lideraron los antropólogos enviados desde las metrópolis extranjeras. Quedó patente que, para conocer la antropología de la sociedad mexicana, no sólo hay que leer en inglés, ya que hay mucho más escrito en español, tanto que es imposible ignorarlo más, como lo mostró irreversiblemente *La antropología en México*.

*Carlos García Mora*

Instituto Nacional de Antropología e Historia  
Dirección de Etnohistoria

<http://tsimarhu-tsimarhu.blogspot.mx/>